

En cuanto a la política interior de la Comunidad Europea, en los últimos años hemos tenido tiempo de sobra para comprobar cómo se viene abajo la farsa socialdemócrata europea, cómo no se duda un instante en abolir las mejoras en la situación de los trabajadores conseguidas tras largas luchas, mejoras que, tras la caída del muro, se revelan como meras concesiones a un proletariado que podía ponerse farruco con el apoyo de Moscú. En definitiva, *La apuesta por la globalización* se ocupa con sorprendente sencillez e inusitada perspicacia de los avatares político-económicos de los últimos tiempos demostrando de manera tácita que, lamentablemente, Marx sigue teniendo razón.

Carolina del Olmo

HENRY, Michel: *Yo soy la verdad. Para una filosofía del cristianismo*, Sígueme, Salamanca, 2001, 320 pp.

Recientemente tuvimos la oportunidad de ver a Michel Henry en Madrid inaugurando las VI Jornadas de Filosofía en Comillas (25-27 de abril del 2001) con la conferencia: *Fenomenología de la vida* (que será publicada en breve, en las *Actas* de las jornadas dedicadas a *Pensar la vida*). Para algunos de nosotros fue la primera vez que tomábamos contacto con este genial pensador. Filósofo francés, aún poco conocido en nuestro país, ha sido introducido por el profesor don Miguel García-Baró, al que desde estas líneas quiero mostrarle mi más sincero agradecimiento.

*Yo soy la verdad. Una filosofía para el cristianismo* fue traducido del original francés por Javier Teira Lafuente, sin embargo, debo comunicarles que la obra nació en 1996, precisamente el año en que se tradujo *La Barbarie* (Caparrós, Madrid, 1996, 174 pp.). Libro que supuso la carta de presentación para el público español. Cinco años han transcurrido desde entonces, cinco años de silencio en los que Michel Henry aún no ha penetrado en nuestras bibliotecas y medios especializados de información –acaso porque resulta severamente crítico con ellos–, pero estén seguros que su pensamiento va a dar mucho de qué hablar. En Alemania *Yo soy la verdad* ha sido recibido con mucho entusiasmo; la *obra henryniana* está siendo tema de interés en los círculos filosóficos (y también teológicos) italianos; naturalmente en Francia, M. Henry, se encuentra entre los pensadores más interesantes del momento, junto a Jean-Luc Marion, Jean-Louis Chrétien o Paul Ricoeur. De hecho tras la lectura de su tesis doctoral *L'essence de la manifestation* en La Sorbona –como recoge Tomás Domingo Moratalla en su introducción a *La Barbarie* (op. cit., p. 8)– “Jean Lacroix no dudó en calificar a Michel Henry –al día siguiente, en el periódico Le Monde–, como un *nuevo Bergson*”.

Pero aunque tenga algún contacto con el pensamiento bergsoniano, no debemos identificarlo con él, su auténtico motor es la fenomenología. En sus obras, Husserl y Heidegger son citados, y muchas veces aparecen para ser corregidos, pues la fenomenología que practica M. Henry se radicaliza en la identificación de la verdad con la vida en un desarrollo tan original como riguroso.

M. Henry es un pensador difícil, profundo, pero el que se esfuerza en comprenderlo tiene como recompensa un montón de sugerencias inspiradas por sus páginas. Por eso creo que es ineludible su lectura para cualquier investigador serio que quiera conocer de primera mano por dónde marcha hoy la filosofía. El lector encontrará entre sus manos un gran espectáculo intelectual, un pensamiento que va abriéndose paso, página tras página, con un nivel de abstracción tan complejo como rico, por eso recomiendo que su lectura sea continuada.

Pero ¿qué hace a *Yo soy la verdad* tan atractivo? En primer lugar, debo advertir a los lectores que renuncien a leer el libro por su subtítulo: *Para una filosofía del cristianismo*, que cometerían un craso error, y lo mismo les digo a los que esperen encontrar en él teología fundamental. A los primeros, no os disimulo que en sus obras aparecen citas de las Sagradas Escrituras, pero estas surgen en diálogo para sentar tesis filosóficas y, por consiguiente, son indispensables para su interpretación original de la vida. A los segundos, os anticipo que M. Henry critica algunos modos teológicos que han equivocado la forma de acceso a Cristo, por eso desde un análisis eminentemente filosófico enuncia algunas premisas que, sacadas de su contexto, pueden resultar demasiado atrevidas. *Yo soy la verdad* es filosofía. M. Henry con esta obra ha logrado abrir nuevas perspectivas en un terreno donde todo parecía que estaba ya formulado.

La estructura del libro consta de una introducción, trece capítulos y una conclusión. La pretensión de M. Henry no es preguntarse “si el cristianismo es verdadero o falso (...) lo que se cuestionará es más bien lo que el cristianismo considera como la verdad” (p. 9). Hay dos modos (que se identifican) de mostrarnos un tipo de verdad, que difiere radicalmente de la verdad que constituye el mensaje del cristianismo (tercer tipo). La verdad de la historia y la verdad del lenguaje no captan la Verdad que se designa en el Nuevo Testamento. El concepto de verdad que domina nuestra tradición filosófica viene marcada por la relación sujeto-objeto, pura intencionalidad donde la exterioridad se nos manifiesta. El *afuera* se hace verdadero al desplegarse ante nuestros ojos, pero sólo como fenómeno, sometido a los tres *ek-stasis* de los que hablaba Heidegger. “Si no existiese otra verdad que la del mundo, no habría realidad en ningún sitio, sino solamente, por todas partes, la muerte” (p. 30). Esta es la clave que distancia a Heidegger de M. Henry, su fenomenología se vuelve radical, se aleja del *Dasein* que está atrapado en las estructuras del mundo. M. Henry cree que la auténtica verdad fenomenológica no concierne tanto a lo que se muestra como al hecho de mostrarse, es decir, para comprender la vida, no tenemos que acceder a ella a partir de la vida biológica, sino a partir del propio vivir.

La verdad del cristianismo sólo se revela a través de ella misma, esto es, auto-revelándose en el hecho mismo de su ser, que M. Henry identifica con la Vida (fenomenológica absoluta), capaz de engendrarse a sí misma y que el cristianismo denomina Dios. De este modo, la problemática que tanto ha preocupado a los filósofos, el ser, cambia para centrarse en la problemática del viviente y su relación con la Vida. La *fenomenología henryniana* pensará al hombre desde una concepción cristiana de

la verdad, entendida como vida, reflexión más acertada que la que puede mostrarnos la ciencia moderna, único saber que domina nuestra sociedad tecno-científica y blanco de M. Henry. El pensamiento reduccionista de la ciencia, que penetra a partir de Galileo, pretende apropiarse de la vida desde unas categorías objetivas que son fundamentalmente ajenas a ella, estudiándola en laboratorios (de biología, química, psicología, estadística...) niega su auténtica condición que es la de *pathos* y de la que el hombre quiere huir, sin poder escapar. “Dado que *el sufrirse a sí mismo* es la estructura de la vida, ésta resulta ser al mismo tiempo la estructura del viviente” (p. 230) y entonces al ignorar la vida, excluimos a Dios, y al hacer esto, abandonamos la tarea de pensar lo más íntimo y profundo del hombre en cuanto *Ipseidad*. “El mundo moderno pone constantemente ante nuestros ojos esta doble negación y, por ende, se desvela como un mundo profundamente anti-cristiano y, a una, radicalmente ajeno al hombre” (p. 301).

Dios es la vida que se *auto-genera* y en ese movimiento engendra al *Primer Viviente* que es el *Archi-Hijo* (Cristo). En él reside la tesis fundamental para una fenomenología de la vida: “*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*” (Juan 14, 6). Por tanto, el Camino que nos conduce a la vida es la Vida misma. El hombre debe ser comprendido a partir de Cristo y no al revés, porque el viviente no es antes que la Vida. Es su hijo, pero cuando olvida su verdadera condición, se percibe a sí mismo, como *ego* al que no le interesa más que aquello que tiene delante de él. Conduce su vida pensando que él es su fuente (*Ilusión trascendental del ego*). Sin embargo, lo que constituye al hombre como *Ipseidad* original es reconocerse como *yo (moi)*, capaz de experimentarse a sí mismo como *auto-afección*, al que le sigue el *gozo* de haber venido a la vida. La dificultad emerge cuando M. Henry dice que “el hombre olvida su condición de Hijo porque la Vida escapa a toda memoria posible” (p. 172).

Lo propio de la vida (la *auto-afección*) es jerarquizado en un sentido: fuerte (cuando ella misma define el contenido de su propia afección, sólo propio de Dios) y débil (*auto-afección* paciente, propia del hombre). Tal concepto le sirve a M. Henry para salvar el horizonte difuso en el que sitúa a su fenomenología “a saber, que *la Vida tiene el mismo sentido para Dios, para Cristo y para el hombre*, y ello porque no hay más que una sola y la misma esencia de la vida y, más radicalmente, una sola y única vida” (p. 118).

Precisamente, desde este punto, propone investigaciones interesantes como la *Fenomenología del Nacimiento* que aniquila la genealogía humana o la reducción del *Cielo* a un mundo meramente imaginario. Pero ¿dónde queda la Trinidad en ese despliegue fenomenológico de la vida? ¿Qué hay más allá de la vida? O mejor dicho ¿dónde vamos cuando morimos? ¿Cuándo y cómo nace el olvido del *yo (moi)*? Son algunos de los interrogantes que se despiertan.

Resulta difícil no mencionar cómo entiende *la salvación*, que no consiste más que en encontrar en la propia vida del ego, *la Vida absoluta que no cesa de engendrarle*. Proyecto que M. Henry denomina *segundo nacimiento*. Tampoco podemos olvidar el capítulo dedicado a la ética cristiana, en donde expone cómo la relación con el otro, sólo es posible *en Dios*. O el reproche que hace desde una interpretación

marxista tan atractiva, de la realidad socio-política y económica. En fin, resulta ardua la tarea de condensar tanta savia.

La conclusión del libro es tremendamente apocalíptica, sus últimas páginas no tienen desperdicio. M. Henry nos muestra como nuestro mundo es el mundo del Anti-Cristo, donde los hombres, dominados por la era virtual, se han convertido en autómatas (seres que no se experimentan en la vida). La nueva situación metafísica acarrea una inversión ontológica: el amor, el mal, sólo alcanzan el vacío cuando la simulación acontece.

La solución que propone M. Henry responde a la pregunta que lanzaba al final de *La Barbarie* (op. cit. p. 173) “¿Puede todavía el mundo ser salvado por unos cuantos?”. Sí puede, abrazándonos al Único que puede decirnos qué es el hombre. Mi opinión es que será salvado por aquellos lectores que penetren la sabiduría que se *esconde* (en cuanto que aún no leída) en esta obra magistral y, acto seguido, se fundan con la Verdad.

Pedro José Grande Sánchez

RIERA, Ticià: *Evolución del arte musical. Historia, estilos y formas*, Barcelona, Ediciones del Bronce, 2000, 495 pp.

A través de *Evolución del arte musical. Historia, estilos y formas*, Ticià Riera (concertista y profesor de música en el Institut d’Ensenyament Secundari Joan Boscà de Barcelona) nos introduce en el mundo de la música con una obra clara y reflexiva, que pone de relieve la formación y conocimientos que el autor adquirió a lo largo de sus estudios de etnomusicología y musicología (rama histórica y rama paleográfica).

Con su labor ha pretendido siempre afianzar el arte musical, abriéndole un lugar en el entramado de una sociedad que hoy, más que nunca, parece ajena a todo aquello que no sea mera imagen y apariencia.

Partiendo de la prehistoria, la estructura del libro traza un recorrido que engloba la época griega, la Edad Media, el Renacimiento, el Barroco, el Clasicismo, el Romanticismo, el Postromanticismo, el Impresionismo, el Nacionalismo y el siglo XX. Agregando un muy acertado apéndice en el que, además de las reseñas biográficas, incluye treinta y cinco interesantes láminas (como una carta autógrafa de Beethoven en la que manifiesta su amarga queja a unos editores de Leipzig por una desfavorable crítica a su *Sinfonía número 3, en mi bemol mayor, op.55, Eroica*).

Como señala el profesor Ticià Riera en las primeras páginas, la música se encuentra muy ligada a la incipiente necesidad, propia del ser humano, de expresarse artísticamente. Así es que, al considerar el arte como esencial actividad del espíritu, y no ya como un constructo artificial y arbitrario, no resulta posible encontrar origen histórico al arte musical, dado que surge de aquella cualidad constitutiva del hombre: su necesidad de expresión artística. Asume entonces la música un enorme